

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

Pasteles peligrosos



Planeta
Junior

Anna KADABRA

Pasteles peligrosos



El día del examen amanecí soñando con una tortilla perfecta y esponjosa. De pronto, la tortilla de mi sueño explotó y yo desperté del susto.

Papá y mamá estaban aporreando la puerta de mi cuarto. Y con tanta fuerza que Cosmo se me metió en la capucha.

—Tranquilo —bostecé, acariciándolo—. ¡Si ya saben que vives en casa!

Mis padres traían cara de haber visto un fantasma. Bah, yo he visto tantos que ya ni parpadeo.

—Hija —dijo mamá, muy nerviosa—. Necesitamos tu ayuda con Coco y Chocolate.

No es que quisieran que les conjurase un postre. De hecho, ni siquiera saben que soy bruja. Coco y Chocolate es el nombre de la pastelería que abrieron hace poco en el centro



del pueblo. Cada vez tienen más clientes, por eso les hacía falta una nueva máquina amasadora. La suya era más lenta que una tortuga con tacones.

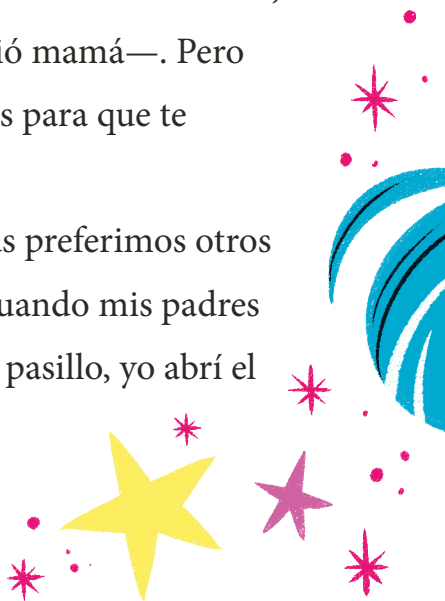
—En la ciudad venden una de segunda mano a buen precio... —me explicó papá.

—Pero la oferta acaba hoy mismo —lo interrumpió mamá—. ¡No podemos dejarla escapar!

Lo que querían era que cuidase unas horas la tienda mientras ellos iban a la ciudad.

—El señor Baskin, el viejecito de la floristería, estará pendiente de ti —añadió mamá—. Pero puedes telefonar a tus amigos para que te acompañen.

¿Telefonar? Ji, ji. Las brujas preferimos otros métodos de comunicación. Cuando mis padres se alejaron discutiendo por el pasillo, yo abrí el



cajón de los calcetines. Mi varita estaba allí, oculta dentro de unas medias viejas.

Viejas ¡pero limpias! A ver si te crees que mi magia huele a pies.



Apunté con la varita a la bombilla para enviar un mensaje. Mi invitación viajaría por los cables eléctricos de Moonville hasta aparecer proyectada en las habitaciones de mis amigos.



Entonces, ¡ding!, toqué delicadamente la bombilla con la punta de mi varita.

Pues la bombilla fue y, ¡bum!, estalló como una pompa de jabón. Iba a tener que repasar mis apuntes de mensajería mágica. Suspirando, bajé a llamar a mis amigos por teléfono.

Cuando estacionamos el coche frente a la tienda, ya estaban los tres esperándome.



—¡Aquí están tus brujos pasteleros! —sonrió Marcus cuando mis padres arrancaron.

Yo puse cara de crema agria. La única bruja cocinera que conozco es la de Hansel y Gretel... y no me gustan sus recetas. Además, seguía preocupada por el examen.

Al abrir el local, unas campanitas en forma de magdalenas tintinearón sobre mi cabeza. No sé si te he contado que la tienda de mis padres es preciosa. Casi mágica.

Había brillantes lámparas de cristal. Vitrinas llenas de bollos. Pasteles de cumpleaños de tres pisos. Pizarras con los productos del día dibujados con tizas de colores.

Pero, sobre todo, había gente. ¡Tremenda cola se formó en tan solo cinco minutos! Sarah, que es la mayor, tomó nota de los pedidos.

—Anna —me decía—, trae seis rosquillas, una bolsa de *muffins*, aquel bizcocho y una barra de pan.

Para cuando tomaba la primera rosquilla, ya se me había olvidado lo demás. Mientras, Marcus calculaba el precio con la máquina registradora... y cada vez obtenía un resultado distinto.

A la pobre Ángela se le caían las galletas al suelo todo el rato. ¡Claro, llevaba puestas unas enormes manoplas de oso! No me preguntes por qué.

Al fin, poco a poco, la cola fue desapareciendo y detrás apareció un hombre diminuto. Era el señor Baskin, el dueño de la floristería de enfrente. Se trataba de un viejecito más arrugado que una pasa de uva. E igual de dulce.



—Venía a echaros una mano —sonrió—, ¡pero veo que os arregláis estupendamente!

—Muchas gracias, señor Baskin —le respondí—. Mis padres me han pedido que le dé esto.

Era una tarta de durazno para agradecerle su ayuda. La favorita del señor Baskin. Él, sin embargo, solo quiso aceptar la mitad.

—No podría comérmela toda yo solo —suspiró, tomándola con sus dedos huesudos.



—Pero puede regalar la otra media —dijo Sarah amablemente—. A sus hijos, a algún sobrino...

—Ay, ojalá pudiera. —De pronto el anciano parecía triste—. Pero no tengo con quién compartirla. Vivo completamente solo desde que me quedé viudo... En fin, hasta luego, hijos.

A pesar de estar rodeados de dulces, a todos se nos quedó en la boca un sabor amargo.

Pero solo hasta que se me ocurrió la idea más loca y genial del universo.

—¡Atención, aprendices! —exclamé—. ¡Tengo un plan!